

## Al profesor **Ciro Parra**, *in memoriam*

José María Barrio Maestre

Universidad Complutense de Madrid  
<https://orcid.org/0000-0001-6419-5685>  
Universidad Complutense de Madrid, España  
jmbarrio@edu.ucm.es

Conocí al Dr. **Ciro Parra** en el 1998, por una invitación que amablemente me hizo a impartir la conferencia inaugural del foro universitario “Las políticas educativas y el proyecto de país”, organizado por el diario *El Tiempo* y la Facultad de Educación de la Universidad de La Sabana, en Bogotá, del 28 al 30 de octubre de ese año. Aún guardo el vivo recuerdo de las circunstancias del momento, realmente dramático, por el que pasaba Colombia. Las entradas a la capital por carretera estaban vigiladas por el Ejército ante la amenaza de invasión por las fuerzas guerrilleras y, al día siguiente de finalizar el congreso, el 1 de noviembre, tuvo lugar la sangrienta toma de Mitú, en el Vaupés, uno de los episodios más traumáticos de toda la violencia que ha padecido el país durante tantos años. La responsabilidad de la organización del congreso recaía en las espaldas de **Ciro**, ya por entonces decano de la Facultad de Educación, creo que recién nombrado, que tuvo el acierto de alentar esta iniciativa precisamente tratando de salir al paso de una inquietud que embargaba a muchos educadores en ese querido país hermano, y de embarcar en ella al diario *El Tiempo*. En efecto, muchos educadores se preguntaban qué podrían hacer y cómo afrontar la tarea con niños y jóvenes que han vivido tan de cerca episodios terribles como los que se han padecido en una guerra, no declarada, pero guerra al fin y al cabo, con todo el suplemento de violencia que le suministra el narcoterrorismo,

los secuestros y el sufrimiento, vivido tantas veces en carne propia o de sus seres queridos.

A menudo ocurre –o al menos a mí me ocurre a menudo– que uno no es capaz de medir la proporción justa en el discurso académico, que necesariamente ha de tomar una distancia, digamos, crítica ante los hechos y equilibrar bien la tensión entre la reflexión teórica y tantas urgencias vitales. En ambos polos de esa tensión estábamos entonces **Ciro** y yo. Con gran respeto por el trabajo teórico –es, modestamente, lo mío–, pugnaba por ceñirme lo más posible a una realidad que igualmente es urgente y que él vivía, lógicamente, con mucha más intensidad que yo, aunque sin patetismos ni énfasis, como era propio de su temperamento abierto y optimista. Pero esto de “tener los pies en el suelo”, como decimos en mi país, era ciertamente un rasgo que le caracterizaba, aunque igualmente le movía el impulso intelectual por buscar un fundamento teórico consistente para la acción educativa. Cuestión siempre más o menos tensa, aunque no dilemática, creo. En fin, aunque lo que se publicó más tarde de mi reflexión no refleja del todo ese “tira y afloja”, hice lo que pude por satisfacer su demanda<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Aquello finalmente se publicó en la entonces incipiente revista de la Facultad –que igualmente alentó **Ciro** desde su comienzo– en Barrio (2001). Poco después se publicó una versión alemana de este trabajo en 2004.

Después de aquello, y a lo largo de los años, tuve la inmensa fortuna de colaborar con él, en no pocas ocasiones, en los trabajos de la Facultad de Educación de la muy querida Universidad de La Sabana, y aún lo sigo haciendo con la muy estimada Dra. Luz Yolanda Sandoval y el Dr. José Javier Bermúdez, a quienes hago extensiva mi condolencia.

Acabo de leer una breve, pero lúcida reflexión –tal vez la última o una de las últimas publicaciones de su intensa carrera académica– que acaba de publicar la revista que fundó (Parra, 2024) y me lleva a evocar uno de los argumentos neurálgicos, sin duda, de su trayectoria: los docentes influimos en las personas a las que tratamos de ayudar, mucho más por lo que como personas somos que por lo que decimos. Aunque esto último sea muy importante –decir bien lo que decimos–, más lo es que eso que decimos sea buen reflejo de lo que vivimos y, en último término, testigo de lo que somos. Creo que su honda convicción cristiana le ayudaba a arraigar profundamente esta convicción del ser y el papel de

la profesión de los educadores, pero en su caso era también una pasión vivida *profesionalmente*. Destacaría dos afirmaciones de este su probablemente último trabajo publicado –el artículo editorial del último número de *Educación y Educadores*–, que delatan su inquietud por la formación del profesorado: “el currículo es praxis, es decir, que tiene un componente personal y ético fundamental”; “es necesario que todo diseño curricular contenga un capítulo especial o proyecto prioritario referido a la formación de los agentes curriculares primarios: los profesores” (Parra, 2024, p. 2).

La muerte nos ha arrebatado a Ciro bastante antes de lo que cabría esperar. Pero desde la fe y la esperanza cristiana que compartimos, quienes la compartimos, le digo –sé que está vivo, y que está con Dios– que continúe alentando a todos los que compartimos este empeño por la formación humana de la juventud y de quienes están encargados de formarla. ¡Aúpa! –le hizo mucha gracia esta expresión, típica del norte de España–, amigo, colega, y... ¡hasta pronto!

## Referencias

- Barrio, J. M. (2001). El marco sociocultural de la educación para la paz. *Educación y Educadores*, 4, 33-57.
- Barrio, J. M. (2004). Der Soziokulturelle Rahmen für die Erziehung zum Frieden. *Forum Katholische Theologie*, 20(2), 81-101.
- Parra, C. (2024). El profesor es el currículum. *Educación y Educadores*, 26(3), e2631. <https://doi.org/10.5294/edu.2023.26.3.1>